

Vicente Sanfélix (Universidad de Valencia):

¿Hay una realidad?

El título de mi charla hoy y aquí –“¿Hay una realidad?”- es posible que a muchos les suene un tanto extraño. Obviamente, hay una realidad. Y sin embargo, es una pregunta típicamente filosófica, quizás la más propiamente filosófica que pueda pensarse, pues soy de la opinión, que pronto intentaré justificar, de que la filosofía empieza siempre por extrañarnos de la realidad. Y por extrañarnos de la realidad quiero decir arrancarnos del ámbito de certezas familiares en el que nos movemos. Estamos seguros, por ejemplo, de que las hojas de los árboles son verdes en primavera. “Esa es la realidad”, decimos (o más castizamente: “es una realidad como un templo”, como si los templos tuvieran algún privilegio por lo que a la realidad se refiere). Una realidad, en cualquier caso, de la que forman parte, entre otras muchísimas cosas, los árboles y sus verdes hojas, y en general todas aquellas cosas tan familiares que percibimos... Pero ¿es esto *la* realidad o sólo *nuestra* realidad?

Ante esta última pregunta el sentido común nos tienta a responder un tanto airadamente. La realidad es como la madre: no hay más que una. Es la que es, querámoslo o no. Y es igual para todos. Por eso, precisamente, es la realidad y no una mera ensoñación. Justamente lo propio de la realidad es su objetividad. Está ahí. Podemos conocerla o desconocerla, verla o no verla. En cualquier caso, ello no le afecta. Llamaré a esta concepción de la realidad a la que propende el sentido común la *concepción absoluta* de la realidad. Según la misma, la realidad es única y objetiva, esto es independiente de nuestro pensarla, conocerla o percibirla. De modo que quien asuma esta concepción de la realidad -en cierta manera todos, cuando nos situamos en la óptica del sentido común- estará predispuesto a contestar afirmativamente a la pregunta que da título a esta conferencia. Hay, en efecto, una -y en realidad solo una- realidad. Si estamos convencidos, además, de que esa realidad es aquella a la que nos da acceso nuestra experiencia sensorial cotidiana, entonces, lo sepamos o no, tenemos una posición filosófica a la que bien puede denominarse realismo del sentido común. Posición filosófica que se caracteriza por asumir que existe una realidad absoluta y que a ella nos da acceso nuestra experiencia ordinaria.

Ahora bien, si miramos el asunto con cuidado -y esto es lo que originalmente significaba el término griego “skepsis” del que procede nuestra palabra “escepticismo”: mirar con cuidado- pronto

V Olimpiada filosófica de Castilla y León

descubriremos razones para poner en duda esta concepción absoluta de la realidad con su correlativa versión del realismo. Por ejemplo, y ya que hablábamos de mirar, aunque tardó en ello, finalmente la medicina llegó a establecer la existencia de esa enfermedad que ahora conocemos como daltonismo en honor de su descubridor John Dalton (1766-1844), enfermedad que hace que quienes la padecen sean incapaces de distinguir algunos colores, fundamentalmente el verde y el rojo.

Pues bien, basándose en fenómenos de este tipo los escépticos de todos los tiempos han argumentado contra la objetividad y el carácter absoluto de los colores. ¿Qué pasaría si todos fuéramos daltónicos? ¿Aún podría decirse que las hojas de los árboles son verdes en primavera?

Frente a estas dudas escépticas, no obstante, siempre cabe replicar que, afortunadamente, no todos somos daltónicos, ni siquiera la mayoría de la población lo es; que el daltonismo es una patología, una enfermedad que impide, precisamente, discriminar el color real de algunas cosas (las verdes y las rojas, para ser más precisos). Esta es una de las réplicas que podría dar aquel filósofo que quisiera defender la concepción absoluta de la realidad y algo cercano al realismo que aquí he caracterizado como de sentido común. Por ejemplo, Aristóteles.

Por lo demás, nótese de pasada y a modo de justificación de mi inicial tesis de que la filosofía nos extraña de la realidad, que incluso este filósofo defensor del sentido común se habrá visto obligado, aunque sea por un momento, a extrañarse del mismo en el sentido que antes daba yo a esta expresión; esto es: a abandonar siquiera sea momentáneamente ese mundo de certezas familiares en el que solemos desenvolvemos y preguntarse por su justificación. O dicho de otra manera: se habrá visto obligado a tener que enfrentar el desafío escéptico, aunque sólo haya sido para rechazarlo y volver a instalarse en el punto de vista del sentido común. Lo que confirma que el escepticismo, la duda, el extrañarse o, como diría Aristóteles, el admirarse incluso de las cosas que nos parecen más obvias, y quizás fundamentalmente de ellas, es un momento necesario de la reflexión filosófica.

Pero volvamos con el desafío escéptico y la respuesta que le hemos dado. Aquel nos obligaba a preguntarnos si seguiríamos diciendo que las hojas de los árboles son verdes en el caso de que todos fuéramos daltónicos y lo que le hemos contestado, en un espíritu aristotélico, es que el daltonismo es una enfermedad que impide, justamente, ver los colores reales de algunas cosas.

Fijémonos lo que esta respuesta implica: ni más ni menos que establecer una jerarquía entre los hombres. De entre estos los hay quienes perciben bien, o sea la realidad tal cual es, y los que perciben mal, por ejemplo por padecer una enfermedad. Parece una respuesta sensata, porque nadie

negaría que el daltonismo es una deficiencia. Pero lo que me interesa no es ahora calibrar su sensatez -ya veremos que el escéptico volverá a la carga- sino señalar cómo el problema de la realidad tiene ciertas implicaciones normativas que bien podríamos llamar ético-políticas en un sentido amplio de estos términos.

Si la realidad es aquello que percibimos cuando nuestros órganos sensoriales funcionan bien, la realidad es aquello que debiéramos percibir para percibir bien. Podemos generalizar esta conclusión parcial. Si la realidad es aquello que conocemos cuando empleamos bien nuestras facultades cognitivas, la realidad es aquello que debiéramos conocer para emplear bien estas facultades. El acceso a la realidad se convierte así, fácilmente, en un criterio discriminatorio. Del mismo modo como de entre los hombres los hay quienes perciben bien y quienes, por estar enfermos o bajo el efecto de ciertas drogas, etc, no; hay hombres que emplean bien (o mejor) sus facultades cognitivas, y entonces conocen la realidad (o la conocen mejor), y quienes las emplean mal (o peor), y entonces desconocen la realidad (o la conocen peor); o pasando del plano individual al colectivo podríamos decir que hay culturas que han generado un conocimiento más profundo de la realidad y culturas que han logrado un conocimiento más superficial de la realidad. Culturas superiores e inferiores, mejores y peores.

Esta jerarquía de hombres y culturas por relación a su acceso a una realidad considerada absoluta es detectable en muchos, quizás la mayor parte, de los grandes filósofos de la historia, para quienes el escepticismo, el extrañamiento de la realidad, no es, como antes he dicho, sino un momento -eso sí, imprescindible- de la reflexión filosófica. Es evidente que Aristóteles, a quien antes mencionaba, la asumió, y le sirvió de base para jerarquizar a los hombres, para clasificarlos en griegos y bárbaros (siendo él mismo griego, aunque un tanto periférico por proceder de Macedonia, no hará falta que diga a quiénes consideraba superiores). Y de esa concepción aristotélica - levemente modificada- todavía echaban mano algunos de los filósofos españoles -quizás el más importante de ellos fuera Ginés de Sepúlveda- que intentaron justificar los derechos de conquista de los españoles sobre las tierras que hasta entonces habían ocupado los indios americanos.

Pero no vayamos a creer que semejante concepción absoluta de la realidad, con sus consecuencias discriminatorias, es asunto sólo de los filósofos y del pasado. El gran Darwin, a pesar de ser él el principal responsable de que se acabara la autoridad en biología de Aristóteles, estaba convencido como éste de que el hombre civilizado (que para él, ¡qué casualidad!, se encarnaba fundamentalmente en el hombre anglosajón como él mismo) tenía unas facultades intelectuales (aunque no sensoriales, luego veremos por qué) mucho más desarrolladas que el hombre salvaje (u

V Olimpiada filosófica de Castilla y León

otras razas secundariamente civilizadas como pudieran ser los irlandeses, descendientes de los celtas). Y podríamos preguntarnos si algo parecido no está inoculado en el sentido común propio de nuestro tiempo, ¿o acaso no nos resulta obvio que nuestra civilización es la que ha conseguido, merced a la ciencia, un conocimiento más exacto y profundo de la realidad?

Recapitulemos. De momento hemos dicho que el sentido común propende a tener una concepción absoluta de la realidad, esto es: una concepción según la cual la realidad es única y objetiva, independiente de nuestro pensarla, conocerla o percibirla, aunque ese mismo sentido común piensa que esa realidad objetiva es la que percibimos, por lo que hemos llamado a esta presunción la propia del realismo del sentido común. Y hemos visto igualmente que la filosofía implica un extrañamiento con respecto a la misma. Pero que ese extrañamiento, que en principio no hace sino pedirnos que justifiquemos nuestra concepción de la realidad, que la defendamos ante ciertas dudas, puede ser simplemente provisional -la duda como método filosófico, por decirlo cartesianamente- terminando con una reivindicación de la concepción absoluta de la realidad propia del sentido común que, en cualquier caso, ahora ya no será simplemente espontánea sino, por así decirlo, reflexivamente asumida. Por último hemos visto que esta concepción absoluta de la realidad tiene ciertas implicaciones normativas y discriminatorias, ya que permite jerarquizar a los hombres y a las culturas por su mayor o menor grado de acceso a ella, por el mejor o peor empleo de las facultades perceptivas y cognitivas. Volvamos ahora con el escéptico.

A su objeción contra la concepción absoluta de la realidad de que hay quienes no discriminan los mismos colores que nosotros le contestamos que, en efecto, así era, pero que se trataba de una anomalía, de una enfermedad, y que, por consiguiente, no podía tomarse como criterio del conocimiento de la realidad, en este caso de la de los colores. Pero ahora puede volver a la carga. ¿Y si encontráramos ya no unos individuos sino toda una población de “daltónicos”? ¿Por qué habríamos de tener nosotros razón? ¿Y acaso no existen tales poblaciones? Los gatos y los perros, por ejemplo (dicho sea de paso, los escépticos de todos los tiempos han tenido por lo general muy en cuenta a los animales en sus argumentos), parecen ser todos “daltónicos”. ¿Por qué el mundo debe ser como nosotros lo vemos y no como lo ven ellos?

En principio podríamos contra esta objeción ensayar una respuesta análoga a la que ya dimos con anterioridad al caso del daltonismo humano. Los gatos y los perros no pueden tomarse como patrón para medir la realidad de los colores porque nosotros vemos mejor que ellos. De hecho, ellos no discriminan los colores que nosotros discriminamos, como el rojo y el verde. De modo que si quizás no tiene sentido decir que su vista está enferma (pues la categoría de

enfermedad es relativa a lo que cuenta como salud para una especie en particular) sí tiene sentido decir que su ojo es más imperfecto que el nuestro.

Y de nuevo vemos las consecuencias discriminatorias que esta concepción absoluta de la realidad tiene. Porque si antes ella nos permitía establecer una jerarquía entre los hombres, ahora nos permite establecer una jerarquía entre los animales. Una jerarquía que si antes nos situaba a nosotros, hombres civilizados y occidentales, en la cúspide de la humanidad, ahora nos sitúa a nosotros, los humanos, en el centro de la naturaleza... o de la creación.

Esta última expresión, por cierto, ya nos permite comprender el largo ascendiente que esta idea antropocéntrica, consecuencia como acabamos de ver de la concepción absoluta de la realidad, tiene en nuestra cultura. Al fin y al cabo, el cristianismo -pero también el judaísmo, del que aquel procede, y lo mismo el islamismo, otra religión de origen semítico- considera al hombre el centro de la creación, la cúspide de la naturaleza creada por Dios. No debiera extrañarnos, pues, lo que ya advertimos: su incorporación a nuestro sentido común. Pero, ¿es justificablemente creíble?

La respuesta es obviamente no. Pues incluso ciñendo nuestra comparación a perros y gatos, si bien es posible defender que nosotros, como primates que somos, tenemos mejor vista que ellos, es evidente que ellos nos superan claramente en otras facultades sensoriales, como por ejemplo el olfato o el oído. Y algo análogo a lo que a ellos les pasa con respecto a algunos colores que nosotros percibimos, nos pasa a nosotros con algunos de los sonidos que ellos perciben; a saber, que no podemos oírlos (algunos ultrasonidos que especialmente los perros sí perciben).

Así pues, difícilmente podemos considerar que nuestras facultades sensoriales sean el criterio de lo real. Pues hay ámbitos de la realidad que otros seres perciben y nosotros no. Pero si esto es así, y parece innegable que es así, si no podemos convertir a nuestras facultades sensoriales en paradigma, si no podemos decir que por lo que hace a ellas somos el centro de la creación, o de la naturaleza, ¿qué derecho tenemos a decir que la realidad es tal y como se nos aparece a nosotros? Incluso, ¿qué derecho tenemos a decir que hay una única realidad? ¿No sería más sensato decir que hay muchas realidades diferentes, que cada especie tiene la suya propia, su mundo (de manera análoga a como tiene su nicho ecológico)?

Parece que ahora el escéptico se ha cargado de razones. Y estas ya no son tan fáciles de eludir. El extrañamiento de la realidad a la que ahora nos fuerza no parece que vaya a tener retorno. El mundo familiar, ese mundo que percibimos todos los días, en el que las hojas de los árboles son verdes en primavera, y el mar ruidoso cuando se agita, parece que hemos de concederle que tiene una realidad relativa, y no absoluta. Relativa a nosotros, a la constitución de nuestras facultades

V Olimpiada filosófica de Castilla y León

sensoriales. Si estas fueran diferentes, como diferentes son en otras especies animales, el espectáculo que contemplaríamos sería bien diferente. Si sintiéramos como un murciélago, o incluso como animales tan cercanos a nosotros como puedan ser el gato o el perro, nuestra experiencia de la realidad, lo que a veces se ha llamado nuestro mundo empírico o fenoménico, sería bien diferente de lo que de hecho es ahora.

En cierta manera bien podríamos decir que esa realidad que se nos aparece de forma tan inmediata, esa realidad en la que las hojas de los árboles son verdes en primavera, esa realidad de la que el sentido común está convencido que es absoluta, esto es única y objetiva, tiene un fuerte componente subjetivo. No es la realidad en sí sino la realidad para nosotros. La realidad tal y como se nos aparece debido, entre otras cosas, a la naturaleza neurofisiológica de nuestras facultades perceptivas.

Este descrédito de la objetividad absoluta de la realidad percibida, y por lo tanto inmediatamente vivida, fue algo de lo que los filósofos tomaron conciencia general en los albores de la modernidad, fundamentalmente en los siglos XVI y, sobre todo, XVII, cuando eso que ahora conocemos como la revolución científica empezó a cuestionar la física aristotélica predominante hasta entonces. No es que en el mundo griego hubieran faltado quienes ya se apercibieron de la subjetividad de nuestro mundo vivido (los atomistas y muchos sofistas, por ejemplo, la tuvieron muy clara), pero el caso es que por una serie de avatares que no voy a comentar lo cierto es que lo que la antigüedad legó a la edad media fue, fundamentalmente, la cosmovisión aristotélica, con su justificación de la pretensión de validez absoluta de esa realidad que todos los días experimentamos: la realidad vista, palpada, olida, degustada, oída...

Quizás podamos ahora entender por qué Darwin, quien en cierto modo llevó aquella revolución al último territorio natural que le quedaba por conquistar, el de la biología, no pensaba que el hombre civilizado se caracterizara por la superioridad de sus facultades sensoriales (en realidad pensaba todo lo contrario: estas estaban, según él, más desarrolladas en las mujeres y en los salvajes, ambos más cercanos a los animales en sus facultades cognitivas y emocionales que aquél). Al fin y al cabo, como buen heredero de la filosofía moderna, ya había asimilado la naturaleza específicamente subjetiva de la realidad de la que los sentidos nos dan cuenta (esto es: relativa a la constitución neurofisiológica de nuestra especie).

Pero el mismo ejemplo de Darwin debiera ponernos en alerta sobre los límites de este triunfo escéptico, pues lo que el caso del famoso naturalista inglés viene a ilustrar es que se puede conceder al escéptico la subjetividad y relatividad de la realidad empírica, esto es sensorialmente

percibida, y no obstante seguir defendiendo una concepción absoluta de la realidad... y de sus consecuencias discriminatorias, como ya vimos.

En efecto, esta de hecho fue la posición de la mayor parte de los filósofos que forjaron la revolución científica (y hablo de filósofos pues gentes como Galileo o Newton se tenían todavía por tales). Ellos concedían que lo que cuando instalados en el sentido común consideramos como propiedades absolutas de la realidad, propiedades intrínsecas que las cosas tienen objetivamente, por sí mismas, con independencia de que sean pensadas, conocidas o percibidas (el color verde de las hojas de los árboles, por seguir con nuestro ejemplo), son en verdad propiedades específicamente relativas de ella, esto es el resultado de la relación perceptiva en que entramos con esa realidad, un resultado que es por tanto función de cómo es la realidad en sí misma, ciertamente, pero también de cómo son nuestros órganos sensoriales. Si estos no existieran, o si no tuvieran la naturaleza que de hecho tienen, aquellas propiedades sencillamente no existirían. O dicho más claramente: sin ojo no habría color.

De este modo, la ciencia moderna, cuya heredera es nuestra ciencia actual, se alía con el escéptico para alejarse del sentido común. Las apariencias, viene a decirnos, son engañosas. Lo son en astronomía, donde “vemos” al sol moverse alrededor de la tierra cuando *en realidad* es la tierra la que gira en torno al sol; lo son en física, donde “vemos” las cosas como dotadas de colores que *en realidad* ellas no tienen; y lo son, dirá finalmente Darwin, en biología, donde siempre “vemos”, como decía Aristóteles, que el hombre engendra al hombre, cuando *en realidad* nuestra especie procede de otra ya desaparecida que le antecedió. Y sin embargo, la ciencia moderna, nuestra ciencia en definitiva, mantiene, frente al escepticismo, la pretensión del sentido común de que hay una realidad absoluta, única y objetiva. Precisamente la realidad que, más allá de las apariencias, investiga y descubre la ciencia.

Así, pues, para la mayor parte de los filósofos modernos si bien es cierto que existen múltiples realidades -o mundos, como se prefiera- empíricas -tantas como especies capaces de sentir- no es menos cierto que existe una realidad absoluta, sólo que esta ya no es la realidad que el sentido común pensaba, la realidad perceptible de forma inmediata, sino la realidad inteligible que investiga y descubre la ciencia. Es la realidad que, por así decirlo, acoge y explica el resto de realidades (la realidad, por ejemplo, de las longitudes de ondas de la luz, que junto con la neurofisiología es capaz de explicarnos cuáles son las franjas del espectro capaces de ser detectadas por el ojo del hombre, o del gato, o del perro...). Así, los argumentos del escéptico nos han servido para extrañarnos del realismo del sentido común, pero nos han llevado hasta otro realismo, el

realismo científico.

Este realismo, por lo demás, tiene parecidas consecuencias discriminatorias al realismo de sentido común. Si no podemos jactarnos de que nuestras facultades sensoriales son mejores que las del resto de especies, sí podemos presumir de que la nuestra es la única especie que trasciende su mundo empírico para asomarse, merced a la ciencia, a la realidad absoluta, al mundo inteligible. De modo que, después de todo, sí podemos considerarnos como el centro y cúspide de la naturaleza... al menos de la terráquea, pues quizás pudieran existir seres extraterrestres que, como nosotros, hubieran llegado a descubrir esa realidad absoluta e inteligible (dicho sea de paso, buena parte de los padres de la ciencia moderna estaban convencidos de que existía vida e inteligencia extraterrestre). Después de todo, pues, seguimos siendo la imagen de Dios, si no por nuestras facultades sensoriales, sí por nuestro intelecto.

Así lo pensaba Galileo, quien en la obra que le valió la condena de la Iglesia católica, *Los diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo*, dejó escrito que si bien el intelecto divino es mucho más extenso que el humano (Dios conocería todas las verdades), intensivamente el nuestro nada tiene que envidiarle (lo que quiere decir que las verdades que realmente descubrimos son las mismas verdades que Dios conoce).

Por otra parte, dicho sea de paso, al azeado en historia de la filosofía antigua toda esta contraposición entre realidad(es) sensible(s) y realidad inteligible, no dejará de sonarle, de modo que no se extrañará de que algunos reputados historiadores de la ciencia hayan entendido el significado de la revolución científica como una crítica a Aristóteles... y una vuelta a Platón. Aunque no estoy de acuerdo con esta interpretación, pues la historia nunca se repite, o al menos nunca se repite sin diferencias significativas, no entraré en ello. Lo que me interesa, más bien, es evaluar la consistencia de este nuevo tipo de realismo, de esta nueva concepción absoluta de la realidad, en la que ahora hemos desembocado. Como vamos a ver no está exenta de problemas.

Según la posición que hemos logrado, la del realismo científico, las cualidades perceptibles de la realidad no son propiedades absolutas sino propiedades relativas de la misma. La pregunta obvia, que inmediatamente va a plantear el escéptico, es: ¿y cuáles son sus propiedades absolutas?

Ya que mencionábamos a Galileo quizás sea pertinente recordar lo que igualmente dejó escrito en esa obra maestra de la literatura polémica que es *Il Saggiatore*. Allí, en un párrafo celeberrimo, el filósofo toscano nos dijo que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático, y que quien desconozca este lenguaje –como de hecho, pensaba él, lo desconocían sus opositores- está condenado a no poder descifrarlo.

De esta manera Galileo estaba revitalizando para la modernidad una vieja tradición que cabría remontar hasta el pitagorismo. Las propiedades absolutas de la realidad son propiedades matemáticas, propiedades que podemos conocer a-priori, con independencia de la experiencia (y de hecho, si Galileo admiraba a Copérnico era porque, pensaba él, el astrónomo polaco había formulado su teoría heliocéntrica ya no sólo sin el apoyo de la evidencia empírica sino incluso contra toda evidencia empírica), con lo que todo parece cuadrar. Las propiedades empíricas de la realidad, captadas por los órganos sensoriales, son relativas; las propiedades matemáticas de la realidad, conocidas a-priori por el espíritu, constituyen sus propiedades absolutas. Son éstas, no aquellas, las que la ciencia debe investigar.

Coherente como pueda ser esta posición, a la que podríamos caracterizar como la propia del realismo científico de corte racionalista, no deja de presentar problemas de verosimilitud. De hecho, ya debieran alertarnos de los mismos la justificación mitológica que en sus orígenes, en manos tanto de los pitagóricos cuanto de Platón, recibió esta teoría, pues tanto para aquéllos como para éste las verdades matemáticas, más que a-priori, eran innatas, y si podíamos conocerlas era debido a que recordábamos una vida pasada de nuestra alma en la que ésta, desprovista de cuerpo, las había contemplado (el asunto no parece mejorar, dicho sea de paso, con la versión judeo-cristiana del mito, según la cual estas verdades las podríamos conocer porque Dios, al crear nuestra alma, habría puesto en ella una especie de semillas que fructificarían en la vida terrenal con el conocimiento de las mismas).

Mitologías aparte, el problema fundamental de esta posición es que las propiedades matemáticas parecen ser puramente formales, o dicho de otro modo: tener un grado de abstracción y de universalidad tal que no nos permiten pasar directamente a ninguna dimensión concreta de la realidad (física, química, biológica, sociológica, etc). Dos más dos son igual a cuatro... sumemos manzanas o peras. De modo que sabiendo sólo aquello todavía no sabemos si estamos tratando de manzanas o de peras... o de cualquier otra cosa que pueda sumarse. Una realidad matemáticamente determinada es una realidad sumamente indeterminada. Las propiedades matemáticas de la realidad todavía son compatibles con muchas realidades diferentes (incluso restringidas a un mismo ámbito). Galileo acusaba implícitamente a sus adversarios de no saber matemáticas, pero era una acusación sencillamente falsa, pues ni los ptolemeicos –defensores de un sistema geocéntrico puro- ni los tychobrahianos –defensores de un sistema geocéntrico compatible con cierto heliocentrismo- sabían menos matemáticas de las que sabía Galileo. En realidad, lo que tantos unos como otros, incluidos los copernicanos, hacían era proponer diferentes modelos matemáticos que, por rememorar el viejo

desafío de Platón a los astrónomos de su Academia, salvaran los fenómenos. Y de hecho, el mismo Galileo sólo se atrevió a confesar su copernicanismo cuando dispuso de la evidencia empírica que le proporcionó el telescopio, y no satisfechos con ésta evidencia sus opositores, se lanzó a la búsqueda de una evidencia empírica decisiva –que él erróneamente creyó poder encontrar en el fenómeno de las mareas– para convencerles.

La enseñanza general que podemos sacar de este caso histórico es que las matemáticas son una ciencia instrumental quizás indispensable en el conocimiento científico de la naturaleza; pero por sí mismas ellas no pueden suministrar este conocimiento. La apelación a la evidencia empírica, a los fenómenos, ya sean estos simplemente observados o, quizás mejor aún, experimentalmente provocados, es indispensable para obtener aquel conocimiento. La realidad absoluta no puede estar determinada sólo por propiedades matemáticas. Si puede conocerse, no puede conocerse de manera puramente apriorística (mucho menos innata).

Si deseamos la versión racionalista del realismo científico lo único que nos queda es su versión empirista. Según la misma las matemáticas podrían suministrar el conocimiento de la forma de la realidad absoluta, pero no su contenido. Éste tendría que ser proporcionado por la evidencia empírica, esto es ganado a través de la percepción sensorial, y lo sería de ciertas cualidades a las que la tradición filosófica, a partir del filósofo inglés John Locke, ha calificado como primarias.

La imagen que tenemos entonces es la siguiente. Nuestra experiencia nos proporciona conocimiento de cualidades a las que el sentido común erróneamente atribuye una realidad absoluta, cualidades así llamadas secundarias como el color, pero también de otras, las así llamadas cualidades primarias, que sí son absolutamente reales y pueden explicar la existencia de las cualidades secundarias, la pluralidad de mundos empíricos percibidos, constituyendo el objeto de investigación propio de la ciencia. Aunque el sentido común no nos proporciona acceso sino a una realidad relativa, una realidad entre otras muchas, la realidad en la que cotidianamente vive nuestra especie debido a su peculiar constitución neurofisiológica, la ciencia nos permite conocer la realidad absoluta, la realidad única y objetiva que explica aquellas múltiples realidades empíricas, y cuyos objetos no tienen sino cualidades primarias.

El talón de Aquiles de esta posición filosófica al que inmediatamente apuntará su lanza el escéptico es, obviamente, esta noción de cualidad primaria. ¿Cuáles son estas cualidades?, será su primera pregunta. Y la segunda, más importante si cabe, ¿por qué estas cualidades primarias habrían de ser absolutas y no relativas, como las secundarias, si al fin y al cabo también ellas deben ser en

última instancia cualidades empíricas, esto es perceptibles?

Si antes decíamos que el realismo científico, en su versión racionalista, resultaba sospechoso ya sólo por el hecho de que muchas veces haya recibido justificaciones mitológicas, una primera presunción contra el realismo científico en su versión empirista es el desacuerdo entre sus partidarios a la hora de enumerar cuáles serían esas cualidades primarias que tendría la realidad absoluta. Diferentes filósofos y científicos han ofrecido una lista diferente de lo que serían esas cualidades (en los albores de la modernidad, por ejemplo, ya Descartes y Locke diferían en la lista de lo que serían estas cualidades). De modo que al final uno saca la impresión de que por cualidades primarias hay que entender, simplemente, aquellas cualidades de la que la ciencia se sirve, en última instancia, para explicar la realidad. Respuesta inobjetable... pero dogmática si lo que se nos quiere hacer creer es que la ciencia nos proporciona el acceso a la realidad absoluta, pues equivale, sin más, a decir que esta es lo que la ciencia nos permite conocer –sea lo que fuere lo que la ciencia nos permite conocer-.

Sería de todas formas injusto negar el esfuerzo de los pensadores que han militado y militan en las filas de este tipo de realismo por articular coherente y convincentemente su posición. Si obviamos sus diferencias, al final podemos concluir que por lo general las candidatas más serias a ser consideradas como cualidades primarias, esto es como absolutamente reales, vienen a correlacionar con lo que la tradición aristotélica denominó sensibles comunes, esto es propiedades que, como la forma por ejemplo, pueden ser percibidas por más de un sentido –en este caso, por la vista y el tacto-; en tanto que las cualidades secundarias serían aquellas que la tradición aristotélica denominaba sensibles propios, cualidades, esto es, que no pueden ser percibidas sino por un único sentido, como el ya referido color, que sólo puede percibirse por la vista.

Pero en cuanto el realismo científico en esta versión empirista adquiere contenido y deja de ser una formulación simplemente dogmática del valor epistemológico absoluto de la ciencia, se convierte en diana, una vez más, de los argumentos de los escépticos. Uno de ellos, quizás el más importante, ya fue formulado por el filósofo irlandés George Berkeley, y recogido después por el gran pensador escéptico escocés David Hume. Es el argumento de la inseparabilidad de las cualidades primarias y de las secundarias, y lo que en resumidas cuentas viene a decirnos es que no podemos percibir aquellas sin estas (por ejemplo, no podemos percibir visualmente la forma de un objeto sin percibir el contraste entre su color y el del fondo contra el que lo percibimos). Luego si las cualidades secundarias son como mínimo específicamente subjetivas (esto es su contenido depende de la constitución neurofisiológica de la especie a la que pertenece el sujeto perceptor),

otro tanto habrá que decir de las cualidades primarias que sólo percibimos merced a aquellas.

A este argumento el realista puede replicar que en realidad las cualidades primarias, siendo percibidas por más de un sentido, no corresponden propiamente a ninguno. Dicho de otro modo: la extensión, por ejemplo, al poder percibirse tanto por la vista cuanto por el tacto, no es propiamente una propiedad visual ni táctil, por lo que su percepción, si bien se da junto con la de otras cualidades secundarias como pudieran ser el color, no es parasitaria de éstas, de modo que no comparte la subjetividad de que ellas adolecen. ¿Pero es así?

El filósofo y científico irlandés William Molyneux le planteó a su amigo John Locke el siguiente experimento mental. ¿Qué pasaría si un ciego, que supiera reconocer la forma de los objetos por el tacto, recobrara la vista? ¿Reconocería visualmente de forma inmediata ésta o no? Si lo primero fuera el caso podríamos interpretar que el realista lleva en este caso razón: la extensión, aunque pueda captarse a través del tacto o de la vista, es en realidad independiente de la percepción de las cualidades propiamente táctiles o visuales (pues obviamente, el ciego que recobra la vista todavía tendría que aprender a discriminar los colores).

Pues bien, lo que Molyneux planteó como un experimento mental pronto se convirtió en un experimento real, cuando a partir del primer tercio del siglo XVIII empezaron a operarse con éxito las cataratas congénitas de algunos ciegos que, como resultado, recobraban la vista. Y el resultado fue... la victoria del escéptico. Es decir: el reconocimiento de las formas de los objetos a través de la vista recobrada no era inmediata sino que exigía un proceso de aprendizaje. Una cosa era la forma percibida a través del tacto y otra la forma percibida a través de la vista. Llegar a saber que son la misma forma exige práctica.

El trayecto que hemos recorrido parece, pues, que podríamos resumirlo así. El realista científico pretende que la ciencia nos da acceso a la realidad absoluta, única y perfectamente objetiva, pero el conocimiento científico del mundo depende, en última instancia, de la información sensorial que de éste obtenemos, y esta información es específicamente subjetiva, es decir está condicionada al menos parcialmente por nuestra constitución neurofisiológica. Nos informa, por consiguiente, de una realidad no absoluta sino relativa, relativa a nosotros. La realidad, el mundo que la ciencia descubre, no es pues la realidad en sí sino, como el mundo de nuestro sentido común, el mundo fenoménico en el que solemos habitar, una realidad para nosotros.

Para terminar quisiera realizar algunas precisiones acerca de lo que *no* implica la crítica del realismo, sea de sentido común o científico, en sus versiones tanto racionalistas cuanto empiristas, que aquí he llevado a cabo. Lo primero que no implica es una defensa del idealismo, de la tesis, en

definitiva, de que la realidad es una especie de construcción puramente mental. Todos los argumentos escépticos que contra el realismo he manejado presuponen la existencia independiente del pensamiento de la realidad. Hemos estado suponiendo, por ejemplo, que existen objetos que percibimos y conocemos e incluso otros seres vivos que los perciben y conocen igualmente, sólo que de manera diferente a como lo hacemos nosotros. Nuestra crítica no ha sido tanto al realismo cuanto a su concepción absoluta. Esto es a la tesis de que nuestra experiencia y conocimiento de la realidad, sea cotidiana o científica, es la experiencia y el conocimiento de la realidad tal cual esta es. Por así decirlo lo que hemos criticado es que nuestra perspectiva, sea cotidiana o científica, pueda ser el punto de vista de Dios –recuérdese la tentación de Galileo-. Si tal punto de vista existe, nosotros no podemos acceder a él –en realidad ni siquiera estoy seguro de que podamos concebir lo que semejante punto de vista sería-. El filósofo norteamericano William James encontró una metáfora afortunada para expresar lo que yo he querido defender. La huella de la serpiente humana, dijo, la dejamos inevitablemente en todo lo que hacemos. Ello significa que si podemos entender la realidad en que otros seres inteligentes habitan ello será en la medida en que se parezcan a nosotros (y aprovecho para llamarles la atención sobre lo humanos, incluso demasiado humanos, que podríamos decir rememorando a Nietzsche, que suelen ser los extraterrestres que aparecen en nuestros relatos de ciencia ficción). No podemos trascender nuestro punto de vista humano. Ni siquiera merced a la ciencia.

Y hablando de la ciencia, otro malentendido que quisiera prevenir es que lo que he dicho va en detrimento de su objetividad o de su valor epistemológico. Una vez más, lo único que he criticado es la pretensión de dotarla de una objetividad o de una validez cognoscitiva absoluta. Todo lo que se sigue de lo que he dicho debiera ser el descrédito de la imagen, muy usual y tentadora por otra parte, de la misma como el espejo en que la naturaleza se refleja (por utilizar ahora la metáfora de la que Richard Rorty se sirvió para dar título a su más famoso libro). En realidad, la ciencia no es ningún reflejo sino el resultado de una muy compleja praxis guiada por intereses particulares: capacidad de explicación, de predicción, etc. Algunos de estos intereses rectores los comparte la ciencia con otros resultados de la praxis humana como la magia o la religión. Tal y como yo lo veo, no creo que pueda discutirse hoy con seriedad que la ciencia es la práctica humana que más eficazmente satisface nuestros intereses teóricos y, mediante su aplicación tecnológica, también muchos de nuestros más importantes intereses prácticos (estar sanos, no pasar hambre, etc).

Ahora bien, si la ciencia es la práctica que mejor satisface algunos de nuestros intereses teóricos y prácticos, no es una práctica que pueda satisfacer todos nuestros intereses (ni quizás los

V Olimpiada filosófica de Castilla y León

más importantes). El neuropsiquiatra Oliver Sax, en su interesantísimo libro *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, describió los inmensos trastornos que la acromatopsia, esto es la incapacidad para percibir los colores, resultado de un aparentemente intrascendente accidente de tráfico, le produjo a un paciente suyo. En un principio éste ni siquiera era consciente de que había perdido la capacidad para percibir los colores (sólo cuando la policía le detuvo por haberse saltado varios semáforos empezó a caer en la cuenta). Pero luego, cuando su mundo perdió el color, esa cualidad secundaria que para los partidarios de la concepción absolutista del realismo científico habría que explicar como una mera apariencia causada por otras dimensiones auténticamente objetivas de la realidad, ello le afectó en ámbitos de su vida insospechados, por ejemplo en las relaciones con sus congéneres, a los que veía de un repugnante color grisáceo que le recordaba a las ratas.

Nuestra realidad cotidiana es, afortunadamente, coloreada. Lo que me gustaría es que la filosofía, ese ejercicio de extrañamiento ante la misma, sirviera no para menospreciarla por mor de su relatividad o por la capacidad que la ciencia nos proporciona de explicarla apelando a propiedades entre las que no se cuenta el color sino justamente todo lo contrario, para hacernos más conscientes de su valor irremplazable. Si somos conscientes de esto, aunque sepamos que definidos ciertos parámetros podemos ordenar las diferentes realidades e incluso hablar de progreso en el tránsito de unas a otras, quizás aprendamos a no por ello despreciar aquellas realidades que no son la nuestra. Muchas gracias.

Vicente Sanfélix Vidarte  Castilla y León
Universidad de Valencia